

DESPACHO  
DE  
BILLETES



— ¿Cuanto vale un billete para Zaragoza? —  
— Veinfidos pesetas con cincuenta centimos. —  
— ¿Y uno de perro? —  
— Los de perro son gratis. —  
— Pues entonces... dime dos de perro. —  
(Remitido por LUIS MARIN.- 13 años Grao (Valencia))

entre sus patras la cuerda que le sujetaba. Miró hacia abajo, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. A lo lejos, la Tierra parecía tan sólo un balón de fútbol. El palmarisco siguió volando, y Lapicerín corrió los ojos. Un fortísimo viento le azotaba el rostro. ¡Una vez más se iba a caer! En la cara algunas gotas de lluvia.

Un enorme pajarisco negro...



ANDANZAS DE LAPICERIN

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

CAPITULO IV

UN «RAID» AEREO



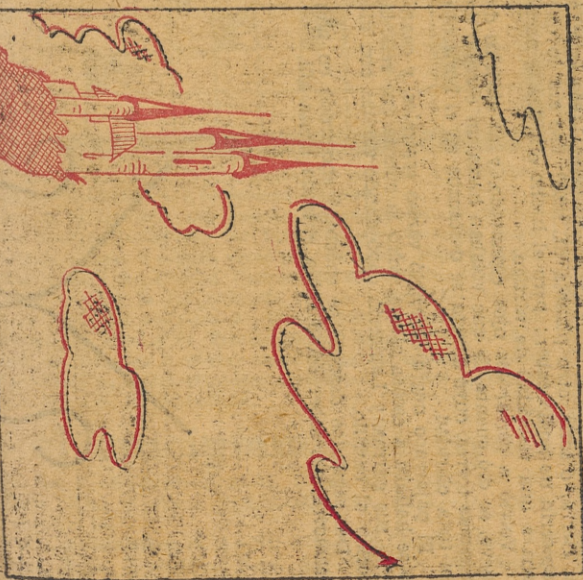
INCO minutos, después, Lapicerín continuaba viendo estrellas y luci-cercillas alrededor de su cabeza. El golpe había sido enorme, y el atontolamiento, formidable. Cuando al fin pudo darse cuenta de lo que le rodeaba, se puso en pie.

—Pues, señor— pensaba—: ahora si que la hemos hecho buena. Me he dejado cazar como un conejo, y no me cabe duda que estoy en poder del gigante Grandullón. Claro está— continuó después de una pausa— que esta cueva tendrá alguna salida, y si la encontrará, el gigante se iba a llevar un chasco magnífico... estupendo...

Y mientras buscaba atanosamente entre las peñas el resqueio que le permitiera salir, este pensamiento le hizo dibujar una leve sonrisa.

Pero la inspección resultó perfectamente inútil. De aquella cueva, sólo se podía salir por donde Lapicerín había entrado, por arriba. Y esa salida estaba tan difícil, tan fuera del alcance de nuestro muñequito!

Un castillo de altísimas torres... De pronto cesó el alarido, y el palmarisco dejó de planear con las alas extendidas. Esta ocasión sí pudo haberse salvado. Pero no se salvó. ¡Y así fue el castillo de Grandullón.



Estuvo oyendo sobre su cabeza el alarido incesante de su conductor, durante quince minutos, que a Lapicerín le parecieron quince siglos.

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

ANDANZAS DE LAPICERIN



—Soy el hada Dulcísima!

—Soy el hada Dulcísima— continuó— protectora de los niños buenos y enemiga del gigante Grandullón y de la bruja Tráspelos. Cuando se hace girar la esmeralda de mi sortija, acudo a ponerme al servicio de su poseedor. — ¡Y acudes siempre? —  
— Siempre.

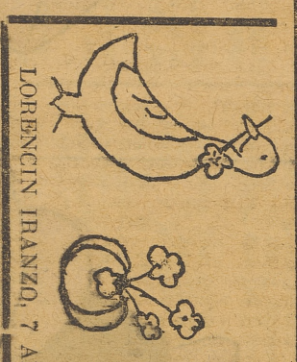
—¿Puedes sacarme de aquí?



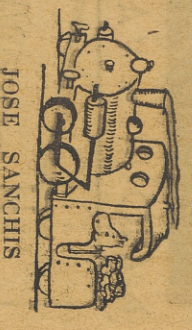
# Colaboración INFANTIL



Julio Muelas (Valencia).— De tu envío, aproveché un «Qué le dijo» y una actividad, que verás publicados. Josemell Martí (Valencia).— Tengo algunos dibujos tuyos en turno para su publicación, pero eso no importa; puedes mandar lo que gustes, porque me encantan tus dibujos y eres una de mis mejores amigas. (Valencia).— Pronto verás publicado tu dibujo.



## Fibum de Honor



JOSE SANCHIS

## ADIVINANZAS

Yo soy un figurite de gran valor. Tengo 12 hijos, tengo 30 nietos. La mitad son blancos la mitad son negros. Solucion: El año, los meses, los días y las noches.  
Leonor Santjuan 11 años.—Valencia

Con brazos y sin manos, con boca y sin cabeza, con culo y sin agujero.  
Solucion: El catarro.  
Roberto Roig 8 años.—Almázcara

¿Cuál es el pan que no se vende en la panadería?  
El pan-falón.  
Manuel Ibáñez 10 años.—Valencia

¿Qué cosa es tan grande como una Iglesia y no pesa ni una cereza?  
La sombra.  
¿Por qué la letra A es más inteligente que la letra B?  
Porque está más adelantada.  
Somos dos hermanitos que cuando somos viejecitos abrimos los ojos.  
¿Qué es?  
Jesus Rubente 11 años.—Valencia

## COOLMOOS

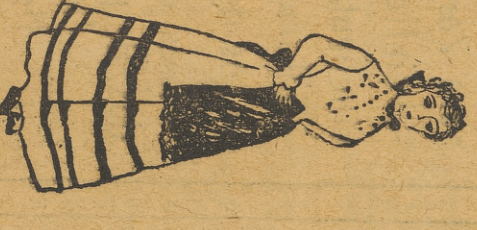
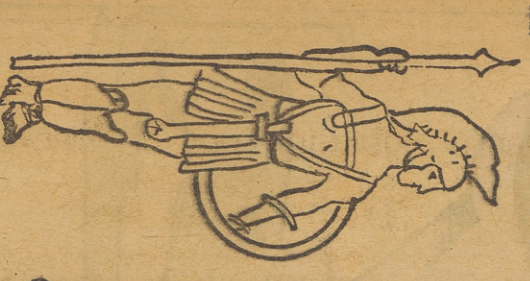
¿Cuál es el colmo de un lesmoriado?  
Acostarse a dormir y no acordarse de cerrar los ojos.  
Rosalia Churrero 5 años.—Valencia

¿Cuál es el colmo de un carpintero?  
Cortar las Tablas de la Ley con la sierra de Chadrilupe.  
¿Cuál es el colmo de un músico?  
Tocar con la trompa de un elefante.  
Antonio Durá 12 años.—Valencia

¿Cuál es el colmo de la jaclencia?  
Hacerse cosquillas a un mosquito debajo del sobaco, con un poste del telegrafo.  
Emilio Viña, 12 años. Valencia.



Miguel Pontes, 13 años. Valencia.



«¿QUE LE» DE VACACIONES BIBLIOTECA DE LA PEQUEÑA



Se sintió enganchado por el cinturón...

No había más remedio que esperar hasta que las circunstancias aconsejaran otra cosa. Y se sentó en el suelo, pensando en lo comprometido de su situación.  
—Vamos a cuentas, Lapicerín—se decía—. ¿Qué vas a hacer ahora? Verdaderamente estás en un plan que no es muy divertido. Estas en poder de Grandulón, a

«¿QUE LE» DE VACACIONES BIBLIOTECA DE LA PEQUEÑA



## ENTRADA EN ACCION

MIENTRAS contemplaba su nueva cárcel, Lapicerín se acordó de Plutusa. ¡Pobrecilla! ¿Qué sería de ella? Si al menos él estuviera libre para intentar su libertad... Y para dejar volar la fantasía con más facilidad, sacó la sortija que hallara en el bosque y se puso a examinarla con detenimiento. En verdad, era una sortija hermosa. Y su esmeralda, de una limpidez extraordinaria.  
Lapicerín tomó entre sus dedos la esmeralda para contemplarla a su sabor e involuntariamente la hizo entrar dentro de su propio soporte. Sucedió algo maravilloso. Una mujer bellísima hizo su aparición en la manovra. Vestía un lindísimo traje de tisi de plata y cubría sus rubios cabellos con un circuncho de la misma tela. En la mano derecha llevaba una varita de oro que terminaba en una estrella que despedía vivísimos rayos luminosos.  
—¿Qué me quieres?—dijo la aparición.  
Lapicerín estaba desconcertado.



# ¡REVOLTILLO!



Falleros: Vicente Bayarri, Vicente García, Daniel Juanas, Francisco Fons, Gonzalo Pérez, José Sales, Fernando Gil y Antonio Mestre.

Falla número 6 de las calles Eizabachs, plaza San Juan, Botellas y adyacentes. Presidente, Juan Espasa; secretario, Vicente Soler; caudero José Bayarri; presidente de festejos, Francisco Ferrando. Fallera mayor, señorita Pilar Gil; damas de honor, señoritas Rosita Gil y Pilar Montesinos.

Vicente Fosati 12 años.—Cabañal

## CHISTES

—Mi chico tiene solamente cinco años y ya levanta pesos de diez kilos y los sostiene más de cinco minutos.  
—Pues el mío le gana—dice uno de los oyentes.  
—¿Cómo?  
—No ha cumplido aún cinco meses y durante la noche nos tiene a todos los de la casa levantados.  
Antonio Lafuente, 13 años. Valencia.

Uno.—Me ha hecho un pantalón que me sobra medio.  
El sastre.—Oh! Pierda cuidado; antes de ser sastre hacía globos.  
L. Ramírez, 11 años. Valencia.

—¿Qué premios has ganado en el colegio?  
—El primero, el premio de memoria; y el segundo... ya no me acuerdo.  
Ana Mari Olivero, 10 años. Valencia.

—Oye, recluta: ¿Cómo te llamas?  
—No lo sé mi capitán; por que el teniente me llama animal, y el sargento Pérez, idiota, y el sargento Pérez, idiota.  
Emilio Roca, 12 años. Valencia.

—Me han dicho que usted es el hombre más viejo del pueblo.  
—No, señor; es mi papá que está acostado a mi abuelita.  
L. Berenguer

Fallero: Vicente Bayarri, Vicente García, Daniel Juanas, Francisco Fons, Gonzalo Pérez, José Sales, Fernando Gil y Antonio Mestre.

—Oye, nene: apártate de la vía del tranvía, que te va a atropellar.  
El niño.—No me atropellará porque tengo alas.  
La señora.—¿Dónde tienes las alas?  
El niño.—Cuando venga el tranvía me aparto.  
Francisco Molina, 10 años. Valencia.

—Oye: Tú no deberías bajar porque te llamas Domingo.  
—¿Y qué?  
—Que los domingos los hizo Dios para descansar.  
Anita Peña, 12 años. Valencia.

Un prestidigitador.—A ver si avinas lo que me ha costado este traje.  
El otro.—Ya lo sé: la mitad de lo que me vas a decir.  
Anita Peña, 12 años. Valencia.

El cliente.—Es el colmo! El tinte que me vendió usted para el cabello me ha dejado el pelo verde.  
El dependiente.—Ya le dije que sus resultados serían sorprendentes.  
Anita Peña, 12 años. Valencia.

El periodista.—¿Cuál es el peor asalto de su vida?  
El boxeador.—El de anoche.  
El periodista.—¿Por qué?  
El boxeador.—Porque me desvalijaron.  
Francisco Sánchez, 11 años. Valencia.

# Los hombres que vuelan

## Por Luis Motta

un carruaje que marchaba al galope, estuvo a punto de derribarle al suelo.  
Marchal se apoyó en la pared y le vio desaparecer en la sombra; luego oyó que se detenía, como si hubiera llegado a su destino.  
Prosiguió su camino y llegó a una plaza. Se detuvo para contemplar la mole enorme de la catedral, iluminada por un claro rayo de luna, y al fin se halló frente a una puerta cerrada que conducía al recinto donde estaban almacenados los aeroplanos.  
Se detuvo con brusquedad.  
Delante de él había surgido una sombra amenazadora, y un rayo de luna filtrado a través de las nubes, le mostró la silueta de su execrable rival.  
—¿He de encontrarme siempre en mi camino? ¿Me persigues?  
—¡Como tu sombra! Siempre y a todas partes—respondió Bonnard, irrisorio.  
Ya no se presentaba humilde y despreciable como la vez anterior, sino amenazador y terrible.

Tania, audacia, unida a tanta desvergüenza, le hicieron perder a Marchal la calma y toda la sangre fría.  
Se arrojó sobre él, impulsado por una irresistible necesidad de vengarse a su enemigo y vengarse de una vez para siempre.  
Los rivales se aselearon con furia, animados por el mismo odio y por el mismo deseo de muerte. No tardaron en resbalarse y caer al suelo, rodando hasta dar con una tribuna; estaban lividos, temblorosos y tenían los ojos inyectados en sangre. Marchal había derribado a su enemigo, quien se debatía entre el polvo y los guijarros. Dotado de una fuerza no muy corriente y de unos músculos de acero, pudo mantenerse tendido en el suelo; el combate se hacía cada vez más feroz y encarnizado. Bonnard se dio cuenta de su situación, y haciendo un supremo esfuerzo se levantó y dió un grito que repercutió en el silencio de la plaza.  
De un rincón de la catedral se destacaron tres hombres, a quienes no había visto Marchal.

### CAPITULO III

Vióse de pronto oteado, levantado, arrojado al suelo con violencia, agarrado, amordazado, sin tiempo para pedir socorro ni dar una voz siquiera. Entonces temió seriamente por su vida... los bandidos, en vez de rematarle en la plaza, le secuestraban.  
—¡Lejos del cobertizo!—oyó que mandaba a media voz Bonnard.  
—Ya lo sabemos—dijeron los acólitos en el mismo tono.  
—¡Andad con cuidado, que es muy astuto!  
—¡Comprendido!  
—¡Id, que en seguida os alcanzo...!  
—Está bien.  
Marchal ya no oyó más; cesaron las voces, y los raptadores corrían a todo correr en una dirección desconocida; al cabo de unos segundos fue arrojado sobre unos almohadones, y después oyó una orden breve y terminante.  
Y el carruaje en que había sido depositado el cautivo echó a andar, arrastrado al galope de los caballos.  
¿Adónde le llevaban? ¿Qué querían hacer con él? ¿Matarle sin duda! ¿Qué iba a ser de su aeroplano? ¿Lo destruiría su rival?  
¡Al llegar a este punto comenzaba a temer seriamente por su amenazada existencia! Había perdido toda esperanza de salvación; no se le ocurría ninguna idea salvadora.  
Por fin se detuvo el coche. Tras un corto silencio oyó el chirrido de una puerta que se abría.  
—Ya estamos—dijo una voz desde el fondo del carruaje.  
—¡Todo está dispuesto!—repuso otra voz.  
El coche penetró bajo un portal; las puertas se cerraron tras él, y Marchal, levantado de nuevo, se sintió depositado en el suelo.  
—¿Qué van a hacer conmigo?—estuvo tentado de preguntarle; pero las palabras espiraron en sus labios, porque la mordaza no las dejó salir.  
Los aeroplanos partieron sin él; Marchal permanecería prisionero en Dijon, guardado por aquellos malhechores que Bonnard reclutó para perderle!

(Continuará)

# Los hombres que vuelan

## Por Luis Motta

—¡Buena carrera! ¡Buena carrera! ¡Llega usted en segundo término!—le decían, mientras que un sinfín de miradas estrechaban las suyas febrilmente.  
El aviador consiguió romper el círculo humano que le rodeaba y se acercó hacia el que había llegado en primer lugar, hacia Marchal. Este se hallaba, junto a su aparato, viendo cómo había soportado la primera etapa de su viaje.  
Al ver a su enemigo, no pudo reprimir un gesto de profunda sorpresa; palideció y en sus ojos se reflejó el espanto que la aparición le había causado.  
Pierre Bonnard, sonreía con una sonrisa siniestra.  
—¡A veces resucitan los muertos!—dijo a media voz, de modo que sólo pudiera oírlo Marchal.—¿Me creía usted muerto, pero muerto del todo?  
Marchal recobró su sangre fría, y se encogió de hombros con desprecio.  
—El demonio no quiere cargar con bandidos como usted!—repuso con firmeza.—Por consiguiente, cuando usted quiera volveremos a medir nuestras fuerzas.

Bonnard se sonrió, y volviéndole las espaldas, se alejó de allí.  
La noche había cerrado. El gentío se dispersaba después de presenciar la llegada de los demás aviadores, menos celebrados y aplaudidos que los primeros.  
Los camiones estaban llenos de gente, que discutía apasionadamente los méritos y la utilidad presente y futura de las máquinas aéreas, pues todos creían hallarse a la entrada de una era nueva en la que todas las cosas del antiguo mundo habrían desaparecido para dejar espacio a otras más modernas y más perfectas.

La gente decía que se hallaba cercano el fin de los ferrocarriles; pensaba que dentro de poco se podría viajar por tierra o por mar, a distancias enormes, con aeroplanos especiales, con la ventaja de que se ganaría tiempo y se evitarían choques y encuentros peligrosos.

Porque, según se había demostrado en los experimentos celebrados en Roma, París, Milán, Madrid, Londres, etc., cuando un aeroplano sufriese un accidente cualquiera, el aparato bajaría lenta, suavemente hacia tierra apoyándose en las alas, o, mejor dicho, en el sistema ocular, y llegaría al suelo sin encontrarse, sin golpe ninguno.

Se trataba de la sencilla aplicación de la cometa, que nos viene de los chinos, que son los inventores del principio en que se fundan los planos avanzados en el espacio. Así atestigua la China que en la antigua civilización había descubierto lo que los hombres de ciencia y los deportistas europeos iban a utilizar en lo por venir.

La pequeña cometa de los dioses lavas había indicado el camino.  
Bonnard, Marchal y los demás aviadores, no tuvieron más remedio que aceptar un banquete que les ofreció la Sociedad de El Automóvil Club, de Dijon. Los brindis fueron numerosos, los votos más aún, tanto que para que todos se realizaran, los aviadores tenían que llegar simultáneamente en Roma.

Llegó un telegrama de París en el cual se animaba a los concurrentes a proseguir el viaje con entusiasmo y sin desalentamientos, para contribuir al triunfo de la ciencia humana. De Roma, luego otro, del reflejo de la espera ansiosa, anhelo, de toda una ciudad.

Cuando los convidados se levantaron de la mesa era ya muy tarde y las primeras luces de la aurora debían hallarse ya muy distantes de Dijon.

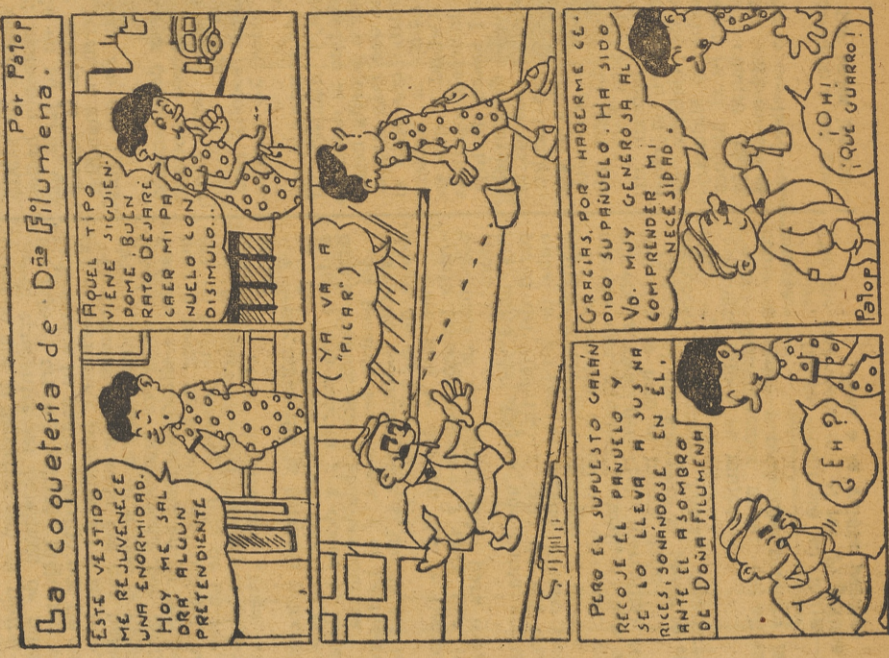
Marchal cruzaba las calles de la ciudad, triste, pensativo, desahogado por una cólera interna, que no le dejaba sosegar, y sentido de venganza; parecía un automata; iba a la ventura, sin darse cuenta de lo que hacía.

No podía apartar de su mente las infamias y los embustes de su enemigo; notaba que la sangre le hervía en las venas, y apretaba los puños convulsivamente. Todo lo esperaba de aquel misetable, y no se hubiera alejado del cobertizo que guardaba los aeroplanos si no tuviera la seguridad de que estaban vigilados por personas de toda confianza.

Las tinieblas dominaban la ciudad; de trecho en trecho se veía un farol o un foco eléctrico, que alumbraba pobremente las calles.

De pronto, cuando el aviador iba a doblar una esquina,

(Continuará)



Por Pepo

La coquería de Don Filumena.

ESTE VESTIDO ME REJUVENECE UNA ENORMIDAD. HOY ME SALDRÁ ALUJIN PRETENDIENTE

¡QUEL TIPO VIENE SIEMPRE DOMA BUEN RATO DEJARE AER MI PAÑUELO LON DISMULO...

(YA VA A "PIRAR")

GRACIAS, POR HABERME DADO SU PAÑUELO. HA SIDO MUY GENEROSO AL COMPRENDER MI NECESIDAD.

PERO EL SUPUESTO CALAM RECOJE EL PAÑUELO Y SE LO LLEVA A SUS RICIES, SONANDO EN ÉL ANTE EL ASOMBRO DE DONA FILUMENA

¿EH? ¡QUE CURARO!



# LA PRINCESA Y EL TIGRE

Antes, muchos siglos antes de que los Mongoles se apoderaran de Peking, de ese dorado país de las leyendas maravillosas, reinaba allí un soberano con el nombre de Frig-Nima, hombre fabulosamente rico y que contaba en sus inmensos dominios millones de súbditos.

Pero el poderoso monarca era ya muy anciano y todos sus ojos los tenía fijos en uno de sus hijos de los muchos que le vivían.

Su predilecto era la princesita Celgal, que, según la leyenda, significa descendida del cielo.

La princesita, que a la sazón contaba doce años, era la niña más dichosa de la tierra en aquel inmenso palacio lleno de hijo y de riquezas.

—¡No—decía el poderosísimo rey—que mi hija no sepa jamás que existe la miseria y la desgracia!

Sucedió, pues, que mientras el poderosísimo Frig-Nima, procuraba toda la dicha para su hija, había quien preparaba amargar su vejez y nublar aquel cielo de ventura en que vivía la angelical princesita.

Allí, en un país de la Tartaria, al Norte de Persia, había un rey que era un enemigo formidable de Frig-Nima, el cual no cesaba de pensar el modo de vengarse de este y humillarlo en su poderío y grandeza.

Un día supo que en su reino había un viejo hechicero que poseía el don de transformarse en un animal cualquiera.

Azem-Bel, que éste era el rey de aquel país, mandó llamar al hechicero, y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Maluca, señor—contestó el viejo brujo—: soy amigo del rey, del Mal.

—Está bien—repuso el rey—. ¿Tu tienes el poder de transformarte en fieras, en pez o en ave?

—En lo que mi señor me mande.

—Yo le mando, pues, que te apoderes de la princesita Celgal, la hija del poderoso rey Frig-Nima, y me la traigas.

—Tu deseo será satisfecho—dijo el hechicero.

Por aquellos días, en Ispahan se preparaban grandes fiestas con motivo del septuagésimo aniversario de Frig-Nima, y entre los festejos figuraba una gran lucha de fieras en el inmenso circo.

Aquella tarde, el grandioso circo se hallaba animadísimo.

Todo estaba preparado, sólo faltaba la presencia del rey Frig-Nima para dar comienzo al ferocísimo espectáculo.

El rey llegó por fin, rodeado de su brillante guardia y junto a él iba la hermosa Celgal.

De entre la multitud surgió un clamor unánime de alegría, como no se había oído otro semejante. La princesita se sentó a la derecha de su padre sobre almohadones de púrpura, en el palco real decorado con ricos tapices.

A una señal del monarca dió principio el espectáculo, siendo los primeros en aparecer en la arena un hermoso perro de presa y un lobo. Los dos se acometieron furiosamente, saliendo vencedor el perro.

Luego apareció en la arena un toro y un león, éste atado a un poste con una gruesa cadena. El cornudo le atacó levantando en el aire al león, que salió con el pecho destrozado, pero en sus

garras tenía todo el morrillo de su adversario, que huyó como alma que lleva el diablo.

En seguida se dió suelta a un leopardo y a una pantera, echándoles un pedazo de carne cruda. Ambos se precipitaron a cogerla, pero la pantera, más ágil, salió triunfante.

A continuación salió un gigantesco elefante contra quien soltaron un magnífico tigre a quien habían puesto por nombre el tigre de la Selva, por su hermosa estampa, que no tenía igual en los de su raza.

La lucha fué breve y sangrienta, pues el tigre se agarró pronto al cuello del elefante y le hundió sus colmillos en la garganta, el cual, loco de dolor, trató de desahuyarse de su enemigo, pero todo fué en vano; sus fuerzas disminuían, vaciló un momento y cayó muerto en tierra.

Pero la angelical princesita, aunque nadie podía verla, se sentía hondamente conmovida, y al anunciar como fin de fiesta que se iba a ediar un corriento para que se lo comiera como un bizcocho el tigre vencedor, se estremeció de tal manera que hubieron de notarlo sus doncellas.

Sin embargo, el inocente corriento apareció en la arena y entonces la princesita, sin poderse contener, hizo un ademán y gritó:

—¡Oh, no!... ¡Yo pido piedad para ese inocente!

Al mismo tiempo la princesita, hondamente impresionada, se había levantado y seguida de su servidumbre, abandonó el palco y atravesaba un pasillo cubierto de alfombras; caminaba con el velo echado sobre la cara y con la cabeza baja, no queriendo ver lo que pasaba en la sangrienta arena, cuando, de súbito, el tigre que en aquel momento hacían esfuerzos para recluirlo en su jaula, dió un salto hacia donde estaba la princesita, la cogió con sus terribles mandíbulas y escapó llevándose, sin que nadie hubiera podido evitarlo.

No es posible describir la desesperación que se apoderó del poderoso anciano Frig-Nima, al ver que aquel ferocísimo tigre se llevaba a su adorada hija.

La numerosa y brillante escolta recobró palmo a palmo, todos los palatios, mas todo fué en vano.

El rey se arrancaba sin compasión sus escasos cabellos blancos y maldecía el momento que había accedido al deseo de su hija de querer asistir a aquella fiesta.

Acababa de perder lo que más estimaba en el mundo y ordenó que todo el reino vistiera de luto, como si hubiera fallecido la princesita Celgal y que en todas las mezquitas se hicieran rogativas para el rescate de aquel tesoro de hija.

Pasaron los días, y en su desconsuelo, el poderoso rey ofreció diez palacios de los muchos que poseía, con sus incalculables riquezas en ellos contentados, al que encontrara y le devolviera la princesita. ¿Que había sido de ella? ¿El tigre que se la llevó, era una verdadera fiera?

Los pequeños letrados ya habían supuesto que aquel tigre que en el circo había salido victorioso del elefante, no era otro que el viejo hechicero Maluca.

Pero lo que falta saber es si Maluca cumplió fielmente todo cuanto había ofrecido al rey vengativo, esto es, si se apoderó de la princesita la llevó al rey Azem-Bel.

comos de la Tartaria, pero sin resultado alguno. Y, sin embargo, había llegado hasta él la noticia de que un tigre había robado a la princesa Celgal.

Era el día siguiente al que tuvo lugar la fiesta en el circo de la capital de Persia. En la cabana de marmol, una mujer vieja y de rostro horrible, se hallaba mirando en la puerta, junto a ella un muchacho más feo también que una noche oscura, se estaba contemplando.

De pronto la vieja dejó la rueca:

—¿Has oído, hijo mío, ese rugido?

—preguntó al muchacho.

—Sí—contestó éste—: he oído el rugido de una fiera.

—Pues es tu padre que viene—repuso la horrible mujer—, conozco bien su voz.

No había terminado de decir estas palabras, cuando apareció Maluca, convertido en tigre, llevando en la boca a la princesita que dejó en el suelo e instantáneamente recobró su forma primitiva de hombre, exclamando:

—¡Dame algo para comer, que vengo desfallecido.

Al ver la princesa, la vieja preguntó:

—¿Quién es esta preciosa niña?

—¡Ya te lo contaré todo! es una persa inmensamente rica, que puede hacer nuestra felicidad.

El hechicero había concebido un plan para apoderarse de los tesoros del rey de Persia.

Algunos días después la princesita Celgal se había repuesto un poco del tremendo susto que le había dejado como su vida, y empezó a darse cuenta de su inmenso infortunio.

La niña recordaba con horror el circo de las fieras y el momento que fué arrebatada por el tigre, y no cesaba de llorar, pidiendo que la llevaran con su padre.

—Si consientes ser la esposa de nuestro hijo el bravo y gallardo Maluquin yo le llevaré a tu padre—le dijo por fin un día, el hechicero, presentando a su hijo.

La princesita, que cada vez que había visto al muchacho y a su madre se había tapado el rostro horrorizada, por tanta fealdad, se sintió ofendida en su orgullo, pues a pesar de su angelical bondad, no era en balde princesa e hija de un rey.

—¿No quieres?—gritó entonces el hechicero—: ¿Nos desprecias? ¡Pues ya verás!

Y desde aquel día la hermosa princesita fué encerrada en un cobertizo como si fuera una cabrita y a donde le llevaban la comida que a ellos les sobraba.

Así pasaron seis meses, y el hechicero le repetía continuamente si quería ser la esposa de su hijo.

—Pues sólo te doy un día de tiempo—dijo furioso Maluca— y para que te convenzas de que tengo poder para todo, ¡miral!

Y abrió un agujero que había en la pared del cobertizo y salió de allí una nube de abejas, al mismo tiempo que Maluca desapareció cerrando la puerta.

La princesita se quedó aterrada, temiendo que aquellos animales iban a comérsela viva, pero ¡oh, maravilla! Ni una sola la hizo el menor daño.

Cuando al día siguiente se presentó el hechicero, las abejas habían desaparecido.

Maluca, dijo a su mujer:

—No conseguimos nada; es atrevida como su padre y preferida primero la muerte.

—Oye, Maluca—contestó su mujer—: No me has dicho que el rey Frig-Nima, (Pasa a la quinta página)

LA PRINCESA Y EL TIGRE

LA PRINCESA Y EL TIGRE

LA PRINCESA Y EL TIGRE

LA PRINCESA Y EL TIGRE

LA PRINCESA Y EL TIGRE

LA PRINCESA Y EL TIGRE

LA PRINCESA Y EL TIGRE

## LA PRINCESA Y EL TIGRE

(Viene de la página cuatro)

ofreció diez palacios al que le devolviera a su hija?

—Sí que te lo he dicho, y así lo ha ofrecido.

—Pues no sé por qué queremos más.

El hechicero reflexionó el consejo de su mujer, mientras la repetía:

—¡Considera, que son diez palacios llenos de riquezas!...

Maluca se dió un golpe en la frente.

—Verdaderamente, tienes razón, yo no sé en que estaba pensando. ¡Son diez palacios con sus inmensas riquezas!

Aquella mañana la princesita fué sacada del cobertizo por un gigantesco elefante, que la recogió con su poderosa trompa, cuando se había quedado dormida, y al despertarse encontró en Ispahan cogida de la mano del viejo hechicero, que con mucha dulzura

le dijo al oír que ella janzaba un suspiro.

—Ya ves bella princesita, hasta donde llega mi poder; yo te salvé del tigre que te robó y yo te devolví a tu padre.

Celgal no tuvo tiempo de contestar, porque en aquel momento el rey pasó con su brillante escolta y al reconocer a su hija, saltó del caballo, y loco de alegría, la cogió en sus brazos.

Y como la princesa contó a su padre lo mucho que el hechicero la había hecho sufrir, éste se encontró, que en lugar de diez palacios, le obsequiaron con una sola, con la que honilmente le ahorraron.

Cierto individuo quería pasar un día de fiesta con su familia, abrió sin pagar derechos de consumo, y declaró en el fletado cuando le preguntaron por lo que llevaba:

—Un violín.

—¡Tepelo usted mejor!—le contestó el consumidor— porque se le van las orejas.

UNA ONZA DE REPUTACION VA LIBRA DE ASTUCIA.

SIDNEY

Violín con orejas

ES MAS FACIL CREER EN LA FELICIDAD QUE EN EL DESENGAÑO.

SERERI

Historieta Revisada

Este proximo de Madagascar (Chytomus madagascariensis) es un animal nocturno, hablando las intrincadas selvas.

EL AVE-AVE

Y desde aquel día la hermosa princesita fué encerrada en un cobertizo como si fuera una cabrita y a donde le llevaban la comida que a ellos les sobraba.

ANECDOTA

Después del ensayo general de una ópera, dice el autor a uno de sus amigos:

—¿No te parece que en algunos pasajes la instrumentación es demasiado ruidosa?

—No. Conviene que así sea, para que los espectadores se despierten de cuando en cuando.

Violín con orejas

Un violín.

—Tepelo usted mejor!—le contestó el consumidor— porque se le van las orejas.

Historieta Revisada

Este proximo de Madagascar (Chytomus madagascariensis) es un animal nocturno, hablando las intrincadas selvas.

ANECDOTA

Después del ensayo general de una ópera, dice el autor a uno de sus amigos:

—¿No te parece que en algunos pasajes la instrumentación es demasiado ruidosa?

—No. Conviene que así sea, para que los espectadores se despierten de cuando en cuando.

Historieta Revisada

Este proximo de Madagascar (Chytomus madagascariensis) es un animal nocturno, hablando las intrincadas selvas.